

Portador del imaginario yoruba

Las creaciones del trinitario Elio Vilva Trujillo han acaparado la atención de coleccionistas y galeristas internacionales por mostrar de forma legítima parte de la cultura cubana

Texto y foto: Lisandra Gómez Guerra

Nació y creció en medio de cultos sincréticos y deidades yorubas en su amada Trinidad; expresiones que, poco a poco, se acomodaron en su subconsciente, hasta que pasados varios años brotó desde su interior el reconocimiento a esa religión mediante colores y pinceles. Benditos cúmulos de conocimientos y fe que posibilitan que gran parte del orbe disfrute de nuestra cultura de la mano de Elio Vilva Trujillo.

“Desde niño pintaba, hacía cuentos, títeres con papel maché. Todo eso ocurrió mientras me relacionaba con muchas personas que practicaban la santería y el espiritismo. En ese entonces ello era mal visto y me desvinculé al adentrarme en los diferentes procesos sociales de la época”, explica.

En ese andar propio de la juventud en busca de encontrar su camino tocó las puertas de la otrora escuela formadora de maestros y, más tarde, la de la Dirección Provincial de Cultura en Sancti Spiritus.

“Fue una etapa importante porque me relacioné con muchas personas del mundo creativo, tanto desde el movimiento de artistas aficionados como del profesional. Tan fuerte resultó ese diálogo que colaboré sistemáticamente con la página cultural de *Escambray* y su suplemento *Vitales*, principalmente en el análisis de temas relacionados con el cine, la radio y la televisión. Ya cuando regreso a Trinidad asumo la dirección de la galería de arte Benito Ortiz Borrell y desde ahí no puedo desligarme de todo esto”, confiesa mientras hojea un cartapacio repleto de evidencias de cuanta obra ha creado.

Cultor de una autenticidad expresiva, con trazos finísimos e ingenuos y originalidad estilística, a Vilva los críticos no logran encasillarlo en un estilo o tendencia. Sus piezas, cargadas de colores, objetos de culto animal y vegetal, collares, máscaras y figuraciones mitológicas caminan sobre la línea delgada que divide las fronteras del arte popular y del culto.

“Soy autodidacta. No hago ningún cuadro igual porque estudio cada detalle para no repetirme”, advierte.

¿Cuál es la clave de que su obra se convierta en referente en galerías internacionales?

“Mis orishas han sido los responsables de mi promoción. Creo que también se lo debo al estudio de las obras de otros como Wifredo Lam y nutrirme de religiosos. He tenido muchas posibilidades y soy más conocido en Estados Unidos, por ejemplo, que aquí”.

Tal idea quizá no sea tan categórica, pues aún cuenta con asombro el día que por casualidad vio parte de sus creaciones en el programa televisivo *De la gran escena*, donde recibió no pocos elogios.

“La cultura afrocubana es increíble, tiene muchos matices, leyendas, colorido, vestuario y música. Soy hijo de Elegguá, dueño del equilibrio dinámico, de la existencia, del camino... Eso también ha sido importante”, añade.

¿Qué precisa para que esos seres mitológicos lleguen hasta el lienzo?

“La tranquilidad me ayuda mucho, y los sueños. Unas veces pongo los pies sobre la tierra y otras, ando volando. Cuando cojo una pieza con rigor, es decir, sentado frente a ella entre seis y ocho horas, puedo demorar hasta 20 días en un cuadro de grandes dimensiones”.

Admirador de Lázaro Ros, considerado uno de los más importantes intérpretes de música folclórica en Cuba, este trinitario ha sido noticia no solo por las ventas en tiempo récord en importantes galerías internacionales, sino también porque en cierta ocasión le fue negada la visa para asistir a un importante suceso en Maine, Estados Unidos, sencillamente por ser ciudadano cubano, y por haber publicado en varios idiomas el texto *Entre santos y orishas*.

“Compartir espacios expositivos y catálogos con Manuel Mendive, Alicia Leal, Zaida del Río, José de Jesús García jamás lo imaginé. Formar parte de los autores escogidos por el Cuban Art Space de New York para que algunas de mis obras se conviertan en postales con imágenes de Changó, Obbatalá y Elegguá, tampoco estuvo entre mis pensamientos”, concluye, mientras repasa con detenimiento los artículos de la prensa foránea donde otra vez los elogios hacia su estilo particularísimo inundan los párrafos.

Y es que no exagerar. Elio Vilva Trujillo ha sabido ganarse un lugar entre los grandes por mostrar desde el arte el imaginario yoruba.



Este creador ha encontrado sus esencias artísticas en el dibujo.



La Ifigenia de Yerandy Fleites

En el catálogo del sello espirituano aparece esta rara avis: un texto de teatro basado en los clásicos griegos

Roger Fariña Montano

Entre las recientes publicaciones de Ediciones Luminaria, en su apartado Colección Teatro, felizmente aparece el título *Ifigenia*, del dramaturgo cubano Yerandy Fleites (Ranchuelo, 1982). Reconocido por su tetralogía *Pueblo blanco* y por sus disímiles publicaciones, tanto dentro como fuera de la isla, Yerandy al mismo tiempo practica el magisterio en el Seminario de Dramaturgia de la Facultad de Arte Teatral de la Universidad de las Artes de Cuba.

Nuestra editorial territorial, carente aún de una dinámica de producción de obras teatrales, se realza con este título de notable tratamiento en el lenguaje escritural. Esta pieza viene a corroborar una línea dramática en la que el autor revisita mitos y héroes clásicos de la literatura universal —*Jardín de héroes*, *Antígona*, *La pasión King Lear*, etc.—, y los repara en una escritura actual y

resuelta, poco más que renovadora, de estos relatos ancestrales. El cuerpo teatral sobre el cual el autor descargó su ingenio fue esta vez el mito espoleado por el aterrador intento de sacrificio humano impuesto a Ifigenia por parte de su padre Agamenón, y que luego fuera enviada a Táurica tras haber sido rescatada por Artemis.

Las semejanzas sinópticas con la alegoría trágica de Eurípides, en la que Yerandy se inspira para mostrar, oportunamente, aspectos de la realidad social contemporánea, se ensayan a partir de que Orestes viaja a Táurica, acompañado de su amigo Pílates a tomar la estatua de Artemisa, caída desde el cielo, y la lleva de vuelta a Atenas. Estas analogías son coordenadas precisas para entender la *Ifigenia* de Yerandy. La universalidad de este mito es sometida a una recontextualización casi forzada sobre determinadas problemáticas del escenario nacional y en continuo debate. Problemas

que, sin preceptos demasiado aleccionadores, le preocupan al autor: sobre lo que le interesa dialogar desde una postura avezada y referencial con el hombre insular.

La obra medita racionalmente en una primera lectura desde lo sensorial sobre las posturas dogmáticas ante lo divino. Parece decirnos que “lo que sirve, si acaso, es la memoria, la memoria que la virgen guarda de los vivos y de los muertos”, no una figura de madera o yeso a la que los necios rinden mayores y alegres cultos.

Por otra parte, la parábola del tren que atraviesa de un peñasco del Ponto Euxino al otro, haciendo paradas de pueblo en pueblo y con minutos de retraso del que habla el Coro en la obra, se me antoja representarlo como un puente ilusorio que conecta a la actualidad con los 2 000 años atrás (poco más, poco menos) en que sucedieron estos hechos reales. Además, nos sirve de analogía para un viaje del hombre a su propia memoria, individual o colectiva, acaso a su interior; un reconocimiento postergado con sus antepasados, a modo de reparaciones históricas.

El lector se tropezará con una lectura fresca y cordial, llena de jocosidad, ambigüedades, parábolas históricas y simbolismos, destacable a nivel de discurso. Ante la escritura rigurosa de personajes y situaciones cuidadosamente ideados, *Ifigenia* es capaz de generar una expectativa escénica y se salvaguarda de una lectura fría, “sin demasiados líos verbales”.

¡Atentos los directores escénicos!; como futura puesta en escena, *Ifigenia* es una garantía en voz de los actores, por la fuerza del verbo literario y su completitud teatral, pues, aunque los personajes no se adentran en una cotidianidad pura —recordemos que son personajes mitológicos—, transitan por angustias, esperanzas y desengaños como cualquier hombre común.

Ifigenia es, efectivamente, un estímulo arrojado para los lectores habituales a la literatura, no solo a la apuntalada en los clásicos griegos y en discursos oníricos, sino también a los partidarios de una lectura teatral inteligible, íntima y aguda. En este sentido es una ganancia para Ediciones Luminaria, que deberá desarrollar su olfato para lo que está sucediendo a nivel de país en términos teatrales. El equipo editorial ha apostado sensatamente por un texto que, de acuerdo con las palabras de Reinaldo Montero a modo de epílogo, ofrece a los lectores como pocos en la dramaturgia cubana actual, calidad, vitalidad y tino.